Una familia muy particular

Índice

Una familia muy particular

Tomás y Félix.....7

Nuevos conocidos y una propuesta de negocios..14

La historia desconocida del padre de Tomás.....19

Los ricos pueden morir primero.....24

La vida de Claudia después de dejar a su hijo.....27

Un enfermo que rejuvenece.....33

La familia está bien, gracias.....34

Los enamorados no tan jóvenes.....39

Epílogo.....40

MISTERIOS FAMILIARES

Tomás y Félix

Félix obrero de 25 años sale de debajo de un carro al que acababa de conectar un tubo de escape remendado pero que podrá servir bien otros seis meses, según su apreciación y experiencia.

En ese momento llegaba Tomás, su amigo universitario, para compartir el trabajo, recibir la paga de la semana y luego tomar juntos las cervezas de rutina de cada viernes.

─ Cámbiate y terminemos esto, dijo Félix. Tomás se metió al cuartucho de su amigo y en un par de minutos salió con ropas apropiadas para el asunto. Estuvieron un rato forcejeando con tuercas oxidadas y tornillos por el estilo. Al fin, antes de salir al aire, Félix, con el codo, y poniéndose el dedo en la boca, indicó a Tomás las botas de alguien que estaba a la entrada. Entonces Félix, dijo en voz natural:

─ Toca dejar esto para el lunes... lo malo es que el dueño no va a pagar antes de que le entregue su carro andando, pero... en ese momento, con sorpresa, Félix mientras sacaba la cabeza, saludó:

─ Ah, buenas noches, sargento. Perdone, no lo había visto.

─ No es problema. Solamente dígame quién es su compañero y, si no tiene otro asunto pendiente, dígale que se

vaya, porque yo vine por usted para el trabajito que hablamos ─contestó el uniformado.

─ El señor Tomás es un compañero de trabajo que está estudiando con un préstamo porque quiere llegar a ser ingeniero ─dijo Félix, añadiendo enseguida:

─ Cuando sale temprano, se viene para acá y si tengo trabajo atrasado me ayuda, así compartimos unos pesos.

Tomás inclinó la cabeza mientras decía mirando al de uniforme :

─ Tomás Aguirre, a sus órdenes, sargento ─El sargento lo miró y le dijo simplemente:

─ Pues por esta noche, en este taller se acabó el trabajo señor Aguirre y, por lo tanto le indico que usted debe salir ya de aquí.

Tomás, sin otra palabra, entró al cuartucho, sacó su pantalón y su camisa, y con esas prendas en una mano, se despidió de su amigo con un gesto de la otra mano. Dando media vuelta se alejó.

Mientras se desvestía esa noche, Tomás pensaba en la profesora Estela que era muy especial con él. Ella solía llevar dentro de su bolsa del almuerzo, una segunda bolsa que se la daba a él, pidiéndole el favor de ayudarle porque su casera le daba demasiada comida y se disgustaba si ella no se la comía toda. Tomás pensaba que eso no era así, pero era una buena forma de Martina, la casera actual de Estela, de hacerle llegar a él a quien ella hacía ya sus buenos siete años, había acabado de criar, algo de alimento bueno cada día.

A veces Tomás creía que Estela la profesora, y Martina la casera, se conocían de mucho antes, pero la profe no le decía ni una palabra a él, y él no debía buscar a Martina ni reconocerla frente a nadie, porque era muy peligroso que los enemigos de su padre lo identificaran. En ese caso estaría realmente en peligro, le había explicado la misma Martina cuando lo dejaron en el colegio de los curas.

Los pensamientos de Tomás tomaron el rumbo de preguntarse por su propia identidad:

"Lo malo es que yo no sé en verdad quién soy, porque no sé quiénes fueron mis padres y solo recuerdo a medias a mi madre, pero muy poco. No olvido el beso y las últimas palabras que ella me dijo llorando: "El papá Dios te ayudará a encontrarme".

Después Martina me llevó al campo de sus papás, lejos. Con ella iba a la iglesia los domingos para pedirle a mi papá Dios que me ayudara. Allá en esa iglesia me bautizaron con este nombre Tomás, y con el apellido Aguirre, como hijo de padre desconocido y de una mujer llamada Tulia Aguirre.

Con esa fe en las palabras de mi madre, fe a la cual me agarré siempre, hoy no recuerdo cómo pude entrar a la secundaria, lejos de Martina y de todos los que yo conocía, en un internado de curas, que quedaba en el campo. Allá los curas quisieron que yo me hiciera monje, porque ese colegio era un Seminario Menor... y yo había dicho que sí, que eso era lo que el papá Dios quería que yo hiciera, pero entonces tuve un accidente. Allá en el colegio seminario, aprendí a correr en patines y lo hacía bien, pero un día, una piedra se me enredó y fui a dar contra el andén y se me cayeron los

dientes del frente, y me llevaron a un hospital y allá un dentista me hizo sufrir mucho para salvar lo que se podía y quedé muy mal de la boca y de la cara.

Apenas logré terminar el Bachillerato. Pero entonces, una enfermera del hospital a quien le conté todo lo que yo sabía de mi vida, quiso acogerme, como si me adoptara, aunque yo fuera ya un muchacho grande. Cuando estuve convaleciente, me sentía demasiado débil para hacer trabajo físico toda mi vida y ahí, sobre todo al mirarme al espejo y ver mi cara tan deforme, decidí que intentaría por todos los medios posibles entrar a hacer una carrera universitaria, para trabajar en oficina. Ella se preocupó por ayudarme y me tuvo en su casa hasta que pude salir a buscar algún trabajo de oficina.

Entonces me di cuenta de que yo había sido realmente un buen estudiante en el colegio de los curas, pues rápido conseguí un trabajo en una oficina de ingenieros, y como yo recordaba bien lo que había aprendido de Álgebra y de Trigonometría, podía ayudar en algunos cálculos y los ingenieros, al verlo me ofrecieron que como parte del pago, que ya no sería por el tiempo completo, sino de dos o tres horas al día según permitiera mi horario de clases, pagarme, como un préstamo por cada semestre, la matrícula de la universidad para que me hiciera ingeniero. Yo debía conseguirme la comida y la dormida.

Andando por una zona de talleres, conocí a Félix y le pregunté si yo podría conseguir ahí un trabajo, así fuera de noche, un par de horas, porque iba a estudiar, pero necesitaba pagarme la comida y el hospedaje. Él me dijo que el trabajo así, no era fácil sobre todo para pagar con él lo que yo

quería, pero me fue invitando a conocer a su casera para que primero hablara con ella lo del hospedaje y la comida.

Ahí entró la profesora Estelita. Ella supo lo de la oferta de los ingenieros y le pareció un excelente proyecto. También me dijo que le parecía bien que tratara de acordar con la casera de Félix lo de la comida y el hospedaje. Así, lo que siguió fue empezar de una vez y con eso podría ahorrar algo mientras llegaba la hora de comienzo del primer semestre.

La casera de Félix vino al día siguiente con su hijita Inés, de unos nueve o diez años, que sería la encargada de traerme la comida. Empecé a trabajar todo el día en la oficina de los ingenieros y dos horas por la noche en el taller con Félix, y claro que así me alcanzaba bien el dinero y pude ahorrar. Entonces me compré dos mudas de ropa y unos zapatos buenos y también algunos cuadernos y útiles.

Luego llegó el momento de empezar mis estudios. Los ingenieros pagaron la matrícula y se disminuyó mi tiempo de trabajo y, prácticamente desapareció ese salario, porque ellos iban descontando del pago de las horas que yo trabajaba, cada mes, una sexta parte del préstamo, de modo que solamente me quedaban los ingresos por el trabajo en el taller, para mi subsistencia.

Recuerdo el día que la profe Estela llegó con Martina. Yo casi me muero de la emoción, pero ambas me dijeron que no demostrara que yo conocía a Martina, y medio me explicaron que era por alguna muy vieja pelea y deuda de mi padre, y que si me identificaban, seguro que yo estaría en gran peligro y tendría que desaparecer otra vez... Ahí comprendí que había un misterio en lo de la desaparición de mis padres

y decidí aceptarlo sin hacer preguntas, hasta que me sintiera con fuerzas y recursos para enfrentar, fuere lo que fuere, la causa de esa situación de constante peligro que había vuelto a surgir en mi interior con esa sola advertencia.

Entonces continué en la pensión de la casera de Félix y la pagaba con mi ayuda en el taller de mecánica en donde creció la amistad entre Félix y yo. Me disgustaba que él hablaba mucho con policías y eso me daba un poco de temor..., aunque no tenía claro el por qué.

Yo pensaba que nadie podría identificarme como hijo de mi padre, a quien yo mismo no recordaba, pero que si alguien que lo conocía a él, me miraba a mí, con esas cicatrices en la cara y esa boca tan torcida, no había ninguna posibilidad de que me identificaran.

Así pasó el primer semestre. La emoción de ser universitario, y de llevar mis cursos con buenas notas, fueron el mayor pago que yo recibí a cambio de mis esfuerzos intelectuales y físicos. Lo cierto es que me sentía contento y casi orgulloso.

Ya llevaba el primer tramo de mi carrera e iba bien en ella. Tenía algunos amigos entre los profesores y muy pocos entre los alumnos. Tal vez mi pobreza y mi cara no eran una buena recomendación, pero a quien sí recordaba a diario y, de vez en cuando veía de lejos, era a Martina, tan pobre y siempre tan sonriente, y yo trataba de ser así y,... al menos con los obreros del taller de mecánica, sí llegué a sentirme con amigos a quienes no les importaban ni mi bolsillo ni mi apariencia.

.....

Todos estos pensamientos y recuerdos pasaron por la mente de Tomás esa noche. Decidió que al día siguiente, trataría de encontrarse con Félix para preguntarle qué asuntos tenía él con la policía... Pero no lo encontró.

Pasaron dos semanas y Félix no volvía. En el cuartucho que usaba a veces como su habitación, solo estaba el desorden de siempre, pero nada que indicara que él pasaba por ahí. Ni restos de comida, ni ropa sucia de más ..., los otros trabajadores se miraban asustados. Entonces Tomás pensó en buscar al Sargento de la otra noche, solo para preguntarle por su amigo. Al pensar en esa supuesta entrevista, resolvió que mejor le contaría el hecho a la profe Estelita a ver qué opinaba ella, antes de dar ningún paso en tal sentido.

Estelita estaba tranquila. Le dijo que no se preocupara, que ella conocía a Félix y sabía que a veces la Policía utilizaba sus servicios en alguna investigación en la cual se necesitaba que alguien de confianza se desplazara lejos de la base y por un tiempo más o menos largo. Con esto, Tomás recobró su serenidad y reforzó sus esfuerzos en el estudio de sus materias y trató de suplir un poco a Félix en el taller, aunque él estaba lejos de la fuerza y práctica de su amigo.

Lo cierto es que un buen día, Félix regresó a sus quehaceres. Traía un dinerito extra que los investigadores le habían reconocido además de los pagos estipulados en esos casos, por razón de los inconvenientes que sin duda él tendría para retomar su trabajo atrasado en el taller. De ese pago extra, Félix compartió a su amigo y lo invitó a las cervezas del sábado en la tarde, entre otras cosas para hablarle de todo lo que había visto y escuchado en esos recorridos.

Nuevos conocidos y una propuesta de negocios

La casera de Tomás cuyo nombre era Araceli Tamayo, le preguntó un día de esas vacaciones después del primer semestre, si a él le gustaría compartir el negocio de la casa de alojamientos y comidas, que era el negocio de ella sola hasta ese momento, pero que su hija mayor, de dieciocho años de edad, acababa de regresar de un curso de un año sobre cómo administrar un negocio familiar y quería ampliar el actual, consiguiendo una casa más grande. Para eso necesitaban al menos un socio, y conservar a los clientes actuales.

— Usted me pregunta, señora Araceli que si yo me mudaría en el caso de que usted cambiara de casa, para seguir con el negocio que ahora tiene aquí? —preguntó Tomás.

— Sí, señor Tomás. Eso es lo primero que queremos saber.

Tomás respondió con absoluta convicción:

— Sí señora. Salvo que se muden demasiado lejos de aquí, o de la universidad, porque usted sabe que yo tengo que ir de una a otra parte, según mis tiempos disponibles... —Tomás se quedó pensativo un momento y enseguida preguntó:

— Si esta es la primera pregunta, ¿cuál es la segunda?..

La señora le dijo, como dudando, con timidez...

— Es que mi hija Elsa quiere conseguir uno o dos socios, para que el negocio pueda montarse un poco más grande y nos dé más ganancias a todos. ...Y, —realmente Araceli tenía

dificultad para expresar lo siguiente que la hija le había dicho que preguntara a sus clientes actuales, pero se resolvió a decirlo de una vez:

─ Y por eso le pregunto si usted quisiera ser uno de esos socios. Si usted quiere y puede, entonces registraríamos el negocio ante las autoridades como una empresa legal y empezaría a darnos ingresos, en unos cuantos meses...

─ Pero, señora Araceli, a mí me gustaría mucho entrar en esa sociedad, pero yo no tengo ni un centavo de ahorros. Escasamente puedo sobrevivir con el trabajo del taller que hago en el tiempo que la universidad y la compañía de los ingenieros me dejan libre.

─Espere un poco, don Tomás. Mejor, antes de contestarme, escuche a mi hija que aprendió mucho sobre eso de financiar inicialmente una pequeña empresa. Ella viene cuando usted quiera ─dijo la ansiosa madre.

─ Bueno, pues dígale que venga aquí al taller esta tarde, a eso de las cinco y media, para que me explique, ─terminó diciendo Tomás.

Araceli le apretó la mano con afecto y salió sonriendo, muy satisfecha de haber hecho la tarea completa. Solo le faltaba decirle a Félix, pero a ése lo conocían de mucho antes y por eso era más fácil.

Por los mismos días, los ingenieros llamaron a Tomás para decirle que si él quería, podían seguir con la financiación del segundo semestre de la misma forma que hicieron en el primero, pero que igualmente si quería, él podía hacerlo directamente con la universidad. Si lo aceptaban, ellos le

pagarían su salario por las horas trabajadas cada mes sin descontar nada, y él iría pagando las cuotas, directamente a la Universidad.

De esta forma, Tomás asumió directamente el manejo de la totalidad de sus ingresos y gastos y se decidió por entrar en el negocio de las Tamayo, con un préstamo bancario que concedía a los socios, con muy bajo interés, seis meses de plazo muerto antes de empezar a hacer los cobros regulares.

En la universidad pudo hablar de ello con la profesora Estela y vio asombro y aprobación en sus ojos por esos pasos del alumno que siempre le había interesado especialmente.

Al finalizar las vacaciones, Tomás tenía el aire de un adulto hecho y derecho. El joven tímido y retraído del primer semestre, se había convertido en un hombre de estudio y de negocios y lo reflejaba en su forma de andar y en la mirada siempre observadora de cuanto le rodeaba.

Elsa Tamayo, la hija mayor de Araceli lo había convencido con palabras y con hechos que ella había recopilado, de grupos que empezaron de cero y en plazos de tres a cinco años habían logrado una situación solvente que producía lo suficiente para mantener las vidas de los respectivos socios en una buena situación económica, con la correspondiente mejoría en el nivel de vida de todos.

El Hostal "Las Tamayo", cumplía cabalmente con las aspiraciones de sus dueños. Tomás prefirió con mucho ese nombre del negocio, y continuó con su vida de estudiante como un huésped permanente de la señora Aracely y sus hijas.

También en ese ambiente Tomás continuó compartiendo con Félix que no aceptó participar en la propiedad del negocio porque le disgustaban demasiado las deudas y los bancos, pero que seguía siendo un fiel huésped del mismo. Con los trabajadores del taller junto con sus amistades respectivas, y en ese mismo ambiente, se hizo normal para todos ver a Tomás y Elsa juntos, haciendo cuentas o escuchando la música que ellos mismos elegían para la sala-comedor del hostal. Nunca nadie resaltó el hecho, ni se mencionó la palabra matrimonio, pero la realidad mostraba una familia.

Leidi, la hija pequeña de Araceli hablaba de su tío Tomás, Araceli lo llamaba hijo... y Elsa y Tomás se saludaban con un beso simple, cuando uno llegaba del trabajo después del otro.

Un día su profesora preferida se pasó por el hostal para saludar a Tomás. Estelita sabía de todas las intimidades por boca del mismo protagonista, quien le había pedido informar de ellas a Martina y a otros a quienes pudiera interesarles. Él era realmente feliz. En un año más esperaba graduarse como Ingeniero Civil.

La profe lo felicitó de corazón. Tomás le dijo:

─ Todo lo que soy muestra lo que puede lograr un afecto como el de Martina y su familia, como el de quienes, sin darse a conocer, ayudaron en mis días de adolescencia, en mis días terribles después del accidente,... la honradez de los ingenieros que vieron mis posibilidades, la ayuda de una 'maravillosa profesora' ─y aquí Tomás miró a Estela con un gran afecto y continuó enumerando─, la amistad de Félix, ... en fin el amor de mi madre, tal vez también el de mi padre a

quien yo no puedo recordar de ningún modo, y ahora el amor de Elsa, la bella Elsa que no reparó en mi cara deforme .... todos ellos me apoyaron para que yo llegara a este lugar de la vida, sintiéndome muy feliz.

La profesora, muy emocionada le dijo:

— Todo eso bueno que ha sucedido en tu vida, ha sido la respuesta a las señales que te enviaba tu clara inteligencia y a las cuales respondías con tu voluntad firme. Esa voluntad que te sostuvo a través de los momentos duros y de los períodos largos y oscuros que se han sucedido en todo tu tiempo, te ha permitido llegar hasta aquí —Estela, dando un fuerte abrazo a Tomás, solamente añadió:

— Ahora simplemente, sigue tus impulsos y continúa. Nos vemos en la universidad —, y salió sin detenerse.

Al finalizar el año, Tomás se graduó como Ingeniero Civil. En su grado lo acompañaban, además de los profesores y amigos de la universidad, los ingenieros que todo el tiempo sostuvieron su empleo y lo estimularon siempre, Félix y todos los colegas del taller de mecánica y, como su familia visible, todos los Tamayos, incluido un bebé, Tomás Mauricio Aguirre Tamayo de siete meses, quien daba señas de mucha emoción en brazos de su madre Elsa, muy orgullosa y sonriente.

Antes de que se levantaran para salir, todos recibieron una tarjeta de invitación para un sencillo agasajo en "Las Tamayo", esa tarde a las siete.

La historia desconocida del padre de Tomás

Gonzalo Ortiz, hijo de un campesino de ese apellido entró a la escuela secundaria de un pueblo de montaña en el macizo colombiano. Gonzalo era un niño muy vivo, deportista nato que corría como un gamo y, aunque inteligente, sus preferencias eran siempre por todo lo que significara deportes y actividades físicas, sobre todo al aire libre.

En una salida a la capital para representar a su escuela en competencias departamentales, Gonzalo ganó el primer puesto en carrera de cuatro mil metros planos y eso le mereció una beca para terminar el Bachillerato en un colegio de gran renombre por la producción de atletas sobresalientes a nivel nacional...

Los triunfos de su adolescencia alejaron a Gonzalo de su familia campesina en donde nacieron diez hijos, familia que seguía la vida de siempre, con una boca menos para alimentar. Gonzalo iba una que otra vez a visitar a sus padres y hermanos al campo, en cambio ellos no podían ir a a la ciudad a visitarlo a él por razones obvias, así que, sin discusiones de ninguna clase, el adolescente con varios títulos de ganador en competencias regionales, se convirtió en una promesa del deporte nacional y fue trasladado a la capital del país.

En ese año Gonzalo llegó a los dieciocho años y, debido a buenas influencias en favor suyo, fue exento del Servicio Militar Obligatorio y dedicado a entrenarse como atleta la mayor parte del tiempo del grado sexto, su último año antes de graduarse como bachiller.

Fue en ese año que Gonzalo conoció a Claudia Marín, una muy bella joven de dieciséis años, que cursaba el grado cuarto y sucedió que los dos cayeron en las redes de un amor sin trabas, pues, dadas las expectativas sobre el futuro del novio, la madre de la chica hizo la vista gorda al avance demasiado presuroso de ese romance. Eso sí, Claudia se prevenía mediante anticonceptivos tomados con juicio, para evitar se atravesara un embarazo que los separaría sin dudarlo. Así llegaron hasta el grado de bachiller de ella y como premio, la pareja recibió de los padres Marín, el obsequio de un viaje a los Estados Unidos, viaje completamente planeado con llegadas a hoteles de primera categoría y transportes de lujo, tanto para tramos sobre la tierra firme como para travesías acuáticas por distintos medios.

En uno de esos hoteles de lujo, un hombre llamado Pedro Castellón, colombiano muy rico, de cuarenta años, vio a Claudia Marín y deseó hacerla suya a las buenas o a las malas. Lo primero fue una invitación que envió a la pareja para cenar el día siguiente en el más exclusivo lugar de la ciudad. Gonzalo, acostumbrado a invitaciones de todo género, no vio ningún motivo para denegar esa invitación y Claudia muy entusiasmada con todo lo nuevo que vivía y veía, pues tenía menos razones que Gonzalo para desconfiar.

Cuando el millonario mismo los dejó en su cuarto del hotel, Gonzalo escasamente logró llegar hasta la cama y cayó profundamente dormido sobre ella. Claudia le quitó los zapatos, le aflojó el cinturón y lo dejó ahí quieto. Luego ella escuchó que Pedro hablaba en voz baja afuera, en el pasillo frente a la puerta. Ella con todo cuidado puso una silla

bloqueando la poma para que impidiera abrir desde afuera y escuchó a Pedro decir a otros dos, en orden. Al primero le dijo:

─ Usted le pone en la nariz a la dama este pañuelo con cloroformo y enseguida la levanta y baja con ella por el ascensor del servicio ─y, al otro:

─ Usted entra directo, se acerca al hombre dormido y lo ahoga con una almohada hasta que esté muerto. Luego vuelve la almohada a su lugar, ordena la cama, sale y deja la habitación cerrada, como si nada hubiera pasado.

En esas Claudia oyó que desde otra habitación alguien llamaba:

─ Hey! Ustedes los del servicio!..., no hagan tanto ruido. Voy a llamar a la Dirección!...

Entonces los tres en cuestión desaparecieron inmediatamente y ella misma llamó a la Dirección para avisar que personas del servicio estaban haciendo ruido en el pasillo. Pudo darse cuenta de que hubo un movimiento general en el hotel.

Claudia decidió esperar a que amaneciera. Entonces, con agua fría despertó a Gonzalo y le dijo apremiante:

─ Nos tenemos que ir ya. Dejemos aquí el equipaje grande, llevemos en la mochila ropa para dos días y vámonos porque estamos en peligro de muerte.

Luego que Gonzalo estuvo de pie y completamente vestido, ella tomó los bolsos con los pasaportes y el dinero y le dio a Gonzalo la mochila con el par de mudas. Enseguida Claudia llamó a la portería para pedir un taxi, explicando que debían

llegar a la Estación de trenes para recibir a unos parientes que llegarían en media hora.

Así, una vez en el taxi, ella dio la orden al chofer de salir directo para el aeropuerto. Allá explicaron que una emergencia familiar en su ciudad colombiana los requería ese mismo día en su país. La aerolínea les hizo los cambios sin cobrar nada, pues esos posibles sucesos estaban cubiertos con el seguro del viaje, seguro que había sido pagado antes de salir de Colombia.

A todas estas, Gonzalo no sabía por qué razón Claudia estaba tan segura de que ellos corrían peligro. Ella no quiso hablar en todo el viaje, y él volvió a dormirse con los efectos remanentes de la droga que le hicieron tomar entre Pedro y los meseros de la noche anterior.

"Si Pedro me hubiera drogado a mí también, ahora yo sería la mujer de turno de un matón millonario y la viuda de un potencial atleta olímpico. Agradezco al Padre Dios que nos protegió"...

Cuando llegaron a Colombia, Claudia llamó a su padre y en gran secreto le pidió, que sin explicar nada a su madre, se encontrara con ellos apenas pudiera, en el terminal de buses, en la sala anterior a las salidas hacia Occidente. Que ellos estaban tomando un taxi en el aeropuerto para ir a ese punto.

Mientras Claudia en voz baja contaba a su padre la conversación en el pasillo frente a la puerta de ellos, que ella había oído desde su cuarto la noche anterior, Gonzalo abría los ojos desorbitadamente... Sin embargo no se sentía en absoluto seguro de que eso que ella decía fuera

completamente cierto. Él recordaba a un hombre muy bien educado y muy cordial que lo trató siempre como si él, Pedro, fuera su hermano mayor y no un rival asesino.

De todos modos, Claudia no aceptó nada que no fuera irse a otra parte por un tiempo, hasta estar seguros de que el peligro había desaparecido. Así que los dos se instalaron en el Valle del Cauca, en el campo. Claudia resolvió llamarse a sí misma María José y llamar Roberto a su marido. Él aceptó decirle a ella María José, pero no cambiar su propio nombre, porque eso sería despedirse del atletismo. Ella seguiría siempre en el campo y él viajaría a las ciudades de los entrenamientos y las competencias. Eso fue lo que lograron acordar y comenzaron a cumplir a medias por parte de Gonzalo. María José estuvo a punto de separarse definitivamente, un año después. Pero entonces se encontró con que estaba embarazada. Todo cambió y ese bebé en camino los hizo acercarse lo suficiente para que Gonzalo aceptara contestar al teléfono como Roberto ... o Gonzalo... y esa falta de coherencia, fue lo que precipitó el desastre, cuando su hijito Sebastián tenía dos meses de nacido.

María José, o Claudia, ya daba lo mismo, lo supo en el campo. Martina, la niñera de Sebastián la llamó para que contestara una llamada. La Policía le informó que el atleta Gonzalo Ortiz pedía desde el hospital, que le informaran a ella que había sido agredido de muerte y que igualmente estaban sentenciados ella y el niño. La policía agregó que ella debía borrar sus huellas, en lo posible. Ellos sugerían que escapara a un lugar lejano, y escaparon Claudia, Martina y Sebastián.

Ellos tres vivieron tranquilos en los confines del Macizo Colombiano cuatro años y medio más. Entonces, Martina, en ese lugar tan lejano, fue alertada por los vecinos de que hombres extraños preguntaban por la señora joven con un niño... ella le contó a Claudia y ella abrazando a su hijito, le dio en voz muy baja la recomendación para que el Padre Dios le ayudara a encontrarla a ella y lo abrazó antes de separarse definitivamente de él.

Martina vistió al niño con su ropa más usada. a la cual puso remiendos a la campesina y encontró la forma de viajar a su propia tierra en el centro del país, cerca del Neusa. Allá ella pudo lograr un buen hogar campesino para el niño a quien declararon con otro nombre y otro apellido y pusieron a estudiar en un pueblo cercano. Ese nombre fue Tomás Aguirre y estas que hemos expuesto son las razones por las cuales él no tuvo nunca ningún recuerdo de su padre, y respecto de su madre, solamente recordaba las palabras que ella dijo en su oído sobre el padre Dios, cuando lo besó y se fue llorando. Martina nunca vio al padre del niño, ni estaba segura del nombre,... si era Gonzalo o Gonazález, pues Claudia y él se encontraban siempre en el pueblo cercano y ella se quedaba sola en el campo con Sebastian en esos días.

Los ricos pueden morir primero

Martina, desde lejos seguía la pista de su niño Sebastián. Supo de su nuevo nombre, Tomás Aguirre, y de su accidente en patines y pasó muchas noches en la puerta del hospital esperando que una enfermera amable le contara algo del niño, que era un joven bastante alto, herido. Luego supo de su mejoría y de que comenzaba a trabajar pensando en

ahorrar para entrar a la universidad. Una tarde, parada en la puerta vio a la profesora Estela. Martina sabía que el joven Tomás Aguirre visitaba a esa profe para pedirle alguna ayuda de vez en cuando y se hizo amiga de ella. Por Martina, Estelita supo toda la historia del alumno que inspiraba en ella un gran deseo de ayudarle en alguna forma. Así, Martina empezó a trabajar para la profe un día cada semana y en esa tarde, las dos intercambiaban la poca información que tenían entre ambas sobre los buenos y los malos, de los cuales Tomás no sabía nada.

Gonzalo, el padre de Tomás, era prácticamente incapaz de moverse por sí mismo pero seguía vivo mientras su hijo avanzaba en su carrera, con la circunstancia de que, aunque ambos permanecían en la misma ciudad, ninguno de ellos sabía nada de la vida y ubicación del otro, y ni siquiera el nombre por el cual era reconocido por otros.

Una sociedad que ayudaba a deportistas minusválidos le consiguió a Gonzalo una silla de ruedas y la policía vigilaba sus paseos, con la mira de descubrir a los secuaces del millonario rico que quería matarlo con su propia mano, pero no antes de matar ante él a su mujer y a su hijo.

Esta sed de venganza así planeada, de alguna manera aseguraba que sin aparecer ni la una ni el otro, el sentenciado seguiría vivo. Estela y Martina conocían esta situación del deportista pero ninguna de ellas lo relacionaba con Tomás Aguirre, ni con Claudia Marín y siempre estaban listas a actuar a favor de uno o del otro, como casos separados, como si fueran dos pobres sin familia alguna, salvo que Martina a sí misma, se consideraba la familia de Tomás y

Estela sabía que el deportista era víctima de un tipo cruel y muy rico que buscaba a otras dos personas y que existían muchos buscadores de esas recompensas asociadas con el encuentro y entrega de cualquiera de ellas

También Martina estuvo oculta en la graduación de su niño como Ingeniero Civil y esa noche, de lejitos, acompañó sonriendo la fiesta y pudo ver de cerca al pequeño Mauricio Aguirre Tamayo, futuro corredor como el abuelo Gonzalo, a juzgar por su incansable movimiento de piernas y a la madre Elsa Tamayo, la hija de la señora Alcira. Pero ese abuelo Gonzalo era una figura mítica para Martina, alguien que solo existía en los cuentos que ella le contaba a su niño Sebastián, el que después se volvió Tomás y nunca más supo que ese supuesto corredor era su padre.

Al fin llegó también el día de la muerte del tal Pedro Castellón, en el hospital, entre juramentos y gritos. El hombre, en ambulancia y de gran urgencia llegó con un infarto fulminante. Después de veinte minutos de intentos de médicos y enfermeras por frenarlo, el corazón se partió literalmente y el millonario murió con sus millones, sin dejar nada para nadie, porque no había ni testamento ni herederos.

Sus secuaces buscaron escondite, porque sin dinero no podían comprar a nadie. Así que nadie llegó al hospital ni al entierro. Ni siquiera para reconocimiento del cadáver, se pudo conseguir a ninguno más cercano que el barrendero de la cuadra sobre la cual estaba la entrada de la casa del millonario muerto. Este barrendero juró que el muerto era el mismo Don Pedro a quien él saludaba todas las tardes y que

un día por poco le echa el carro encima porque no se quitó tan rápido como el gran señor esperaba.

Estelita misma se acercó a la Policía para preguntar si habría alguna posibilidad de retaliaciones de algún género por parte de las bandas de sicarios que habían estado decididos a ganarse el premio gordo, ofrecido a quien encontrara a la mujer buscada por Castellón o a su hijo. La policía respondió que no, que era completamente imposible pues el capital que pagaría esas recompensas había desaparecido con su dueño y los sicarios nunca se arriesgaban sin recompensa a la vista.

La vida de Claudia después de dejar a su hijo.

Desde que Claudia se despidió de su hijo de cinco años y huyó, hasta el día de la muerte del millonario Castellón, pasaron dieciocho años. Los trozos conocidos de su historia forman un tejido interesante:

Lo primero fue el alivio, porque ella sabía que sin que cumplieran la figura de madre joven y bonita e hijo pequeño, ellos dos, por separado dejaban de ser un objetivo para los secuaces del asesino. Además la tranquilizaba el que Martina quedara a cargo porque era una campesina muy inteligente y llena de recursos, quien fácilmente encontraría las personas y lugares más convenientes para proteger al pequeño Sebastián.

Claudia pensó en qué hacer ella de su propia vida y lo primero que decidió fue aparecer como una mujer del común. Nada de vestidos elegantes, nada de salones de té, nada de coqueterías. Ella tenía que buscarse un oficio para

desempeñar. Pensó en hacerse aseadora, o lavandera, o cocinera, pero no se sentía con fuerzas adecuadas a esos oficios. Un aviso de un periódico viejo en una cafetería, le dio la idea precisa: 'Auxiliar de Enfermería', una carrera corta. Solamente tres semestres de clases y uno de prácticas dirigidas. En total dos años. La Institución que ofrecía el programa tenía seccionales en cuatro ciudades del Viejo Caldas; Claudia eligió la menos brillante, para ver cómo podría entrar sin utilizar su cuenta bancaria, cuenta que sin dudar estaría vigilada por gente del mismo banco comprada por Castellón.

Un año de trabajo como vendedora en una tienda del mercado, le permitió ahorrar lo suficiente para la primera matrícula. Llegó con un documento de pérdida de sus papeles con sello de la policía de Cali, documento que le ayudó a conseguir un tinterillo, y que la Institución le recibió mientras llegaba el duplicado de su cédula. Así ingresó María José Fernández a la escuela para convertirse en Auxiliar de Enfermería. En cada semestre trabajaba y ahorraba para el pago del siguiente, además estudiaba a conciencia y preguntaba a los profesores sobre todas las dudas que se le presentaban. Llegó a interesarse realmente por el ejercicio de la enfermería y el bienestar procedente de la confianza que una buena enfermera puede transmitir a los pacientes a su cargo.

Así transcurrieron los semestres y María José se graduó y con fotocopia del título, como presentación personal, se dedicó a ejercer su oficio en pueblos pequeños como enfermera a domicilio, contratada por familias para

acompañar a parientes muy graves o completamente impedidos.

A María José no le faltaba trabajo. Al cabo de tres años, las solicitudes eran muchas más que lo que ella podía atender. Entonces volvió a la escuela para buscar entre las alumnas de últimos semestres a quienes estuvieran interesadas en un trabajo como el que ella hacía. Así, se creó una especie de asociación de auxiliares de enfermería, que se identificaban individualmente ante los clientes. Era una sociedad de amigas, que se ayudaban para conseguir trabajos de corta duración. Esta forma de trabajo se convirtió en una salida válida para muchas egresadas que no lograban un trabajo de tiempo completo o parcial, en algún hospital de la región.

María José leía diariamente los titulares de los periódicos nacionales para saber algo de sus hombres. Así supo del accidente de ese niño Aguirre, que estudiaba para entrar al Seminario y hacerse cura, caso que no se le ocurrió que podría estar relacionado con ella, aunque su instinto maternal le hacía desear trasladarse para ofrecer sus servicios. La detuvo el lugar tan central de los hechos y se abstuvo por prudencia.

También supo de la evolución de los problemas de su marido, el atleta Gonzalo Ortiz, hacia una minusvalía que lo redujo de por vida a una silla de ruedas. Lo que ella no entendía era por qué él seguía vivo, si el millonario lo odiaba a muerte y, pensando en todos los hechos, Claudia (María José) llegó a la conclusión de que esa preservación de Gonzalo con vida por parte de Castellón, era por algún designio macabro de ese asesino sobre ella y su adorado

hijito. Por eso, aunque tuvo muchas veces la tentación de hacerlo, María José se abstuvo totalmente de buscar a Martina ni a pariente alguno, fueren ellos Ortiz o Marín.

Finalmente una mañana María José deseó mucho saber algo y en la farmacia cercana compró un periócdico. Se proponía leer toda noticia de hospitales y enfermos y también del hampa y sus acciones.

Encontró una noticia pequeña, como de un periodista que no quiere ser identificado que decía: *El camino del encuentro está despejado. El Padre Dios nos invita a buscarnos unos a otros y encontrarnos sin temores ni odios*. Firmaba T.A.

Esas dos expresiones 'camino del encuentro, y, el Padre Dios, fueron las últimas que ella había dicho a su niño al separarse de él; Claudia lo recordaba perfectamente. Entonces revisó todos los avisos de ese diario y luego pidió que le prestaran los diarios de los días anteriores. Con ellos se sentó para sacar nota de lo que encontrara. Y supo que tres días antes había muerto Castellón. Casi salta de alegría, pero se contuvo, fue a un teléfono público y marcó el número del diario para que le dijeran quién era T.A.

En el diario contestaron mandándola a llamar a otro número.

En ese número contestó una voz de mujer, amable y culta:

— Aló, soy la profesora Estela Gómez. A sus órdenes. Claudia contestó:

— Leí un aviso en el diario de hoy firmado por T. A y estoy interesada en el camino para ese encuentro. —Estela hizo a

Tomás una seña con la mano, indicándole que todo iba bien, pero mejor que esperara un poquito. Ella contestó:

─ ¿Cuándo fueron dichas esas palabras, quién las dijo y a quién se las dijo?

Se las dijo la madre, Claudia, a su hijito Sebastián de cinco años, hace dieciocho años, en algún lugar del Macizo Colombiano.

─ ¡Mami! , ¡Mami!, gritó una voz de hombre. Entonces estás viva. ¡Gracias Padre Dios!...

─ Mi niño! ¡Dieciocho años esperando este día! ─dijo Claudia llorosa del otro lado. Enseguida propuso:

─ Dime en dónde nos podemos encontrar. Dile a la profesora Estelita y a Martina, porque ella sí me conoce, que te acompañen. Mejor no lo hagamos ni aquí, en donde vivo, ni allá tan cerca de los acontecimientos y de los sicarios.

─ Pues puede ser en ... Ibagué, por ejemplo, porque veo que llamas del Valle. ─propuso Tomás mirando la papeleta en donde Estelita escribió "Ibagué"─ Me conocerás por mi boca un poco deforme. Yo fui el niño del accidente en patines... y me llamo Tomás. Tomás Aguirre... Ya te contaremos todo...

─ ¿Y tu padre?... ¿Sabes ya quién es tu padre?...─preguntó Claudia después de un suspiro de tristeza por la herida de su niño y, enseguida, ante el silencio de su hijo, le pidió que pasara el teléfono a la profe Estela:

─ Aló?... ¿Es que el padre de Tomás está vivo? ─dijo en voz alta Estela. Luego siguió:

─ Aquí Martina nos contó que él mismo antes de morir les avisó a través de la Policía que se separaran porque estaban sentenciados. Luego se quedó el teléfono mudo y ustedes pensaron que había muerto y enseguida usted se fue. Martina nunca vio al padre de Sebastián ni el niño tampoco. ─Todo esto dijo de una vez Estelita.

─ Pues el padre de mi hijo es Gonzalo Ortiz, el atleta que anda en silla de ruedas... piensen y me dicen si prefieren ir primero con él, o mejor que primero nos encontremos nosotros y después miramos, dependiendo de las circunstancias, en dónde hacer un reencuentro familiar. Yo me he llamado todo este tiempo María José Fernández, pero legalmente sigo siendo Claudia Marín. ─Estelita dijo:

─ El nombre de tu hijo es Tomás Aguirre, y es completamente legal, aunque apoyado en una declaración falsa de hace dieciocho años. Era imposible conservar el nombre de un niño buscado por sicarios y un apellido que hubiera sido Marín pues nada sabíamos del padre.

Claudia le dictó a Estelita el número del teléfono de la casa en donde vivía. Explicó además que en esa casa ella tenía un cuarto arrendado y que mejor sería hablar solamente como si fuera de un trabajo de cuidar un enfermo en Ibagué, pues ése era su oficio. Auxiliar de enfermería para cuidar enfermos en sus domicilios. Estelita expresó muy admirada:

─ Pues me alegra mucho saber que ése es tu oficio. Con él y con tu nombre María José Fernández que es aquí completamente desconocido, podremos lograr que todo sea más fácil. ¿Qué te parece si nosotros hablamos y te llamamos por ahí en dos horas. ¿Cómo lo ves?

─ Perfecto. ¡Eso haremos!. Mientras tanto, arreglaré mi maleta y me despediré de mi casera que es muy buena persona. Menos mal tiene varias enfermeras como yo, residentes en su casa ─dijo Claudia.

Un enfermo que rejuvenece

Gonzalo despertó con el ruido que su enfermera de turno hizo al entrar en su pequeño cuarto, dentro del anexo del hospital en el cual se hallaba viviendo en espera de una muerte segura, ya no por la gravedad de las heridas recibidas sino por la amenaza que golpeaba en sus oídos, del todopoderoso Castellón quien gobernaba su existencia y la supeditaba a los resultados de la búsqueda de su mujer y su hijo. De ellos, Gonzalo no hablaba nunca con nadie ni ninguno de quienes le ayudaban o lo vigilaban los nombraba jamás. Además era claro que ninguno los conocía ni siquiera los había visto de lejos. Solamente Gonzalo y Castellón conocían a Claudia, y ni siquiera ellos conocían al pequeño Sebastián, quien en ese momento debía ser un hombre de veintitrés años. No, su propio padre no tenía una imagen de cómo se vería su hijo. No podría reconocerlo ni aunque lo viera frente a él.

─ Pues, señor Ortiz, le traigo una noticia que creo que le importa, aunque no sé si cometo una imprudencia al decírsela. Por eso mejor lea usted mismo el periódico.

Gonzalo recibió el diario que su enfermera le entregó, y miró la página usual de los avisos de muertos, porque tenía que

ser un muerto de lo que hablaba la enfermera.... "ojalá no sea Claudia Marín la víctima"...

Cuando vio el apellido Castellón, se estremeció porque eso significaba algo en el hilo del cual iban colgando las vidas de ellos desde hacía dieciocho años. Pero al volver a leer, entendió que lo que buscaban era alguien que pudiera reconocer el cuerpo del mismísimo y muy temido asesino.

"Yo lo podría reconocer pero si está muerto, no le pasará nada porque no sea yo el atrevido que mire su cara para decir que tuve el gusto de conocerlo y de ser marcado por sus sablazos..." , se dijo a sí mismo y devolvió el periódico a la enfermera, diciendo simplemente:

─ Creo que él fue quien me atacó, pero me puedo equivocar..., gracias de todos modos, enfermera ─dijo Gonzalo y devolvió el periódico, deseando que en algún lugar dentro o fuera del país, Claudia pudiera leer el mismo aviso...

Dos días después ocurrió la llamada de Claudia al teléfono de quien había puesto el aviso sobre el Padre Dios. Gonzalo miró también ese aviso y se rió un poco pensando en las tonterías e ingenuidad de la gente..., pero no pensó en su propia ingenuidad y terrible tontería al creer que la voz zalamera de Pedro Castellón en el hotel de Nueva York, había sido la voz de un hombre inocente y de un buen amigo.

La familia está bien, gracias.

Tomás propuso ir de inmediato a visitar al deportista de la silla de ruedas. Si él era su padre, y estaba a pocas cuadras del lugar, eso era lo que seguía hacer. Le dijo a Estelita que pidiera a su madre viajar directamente hasta ellos. Era lo mejor y más rápido.

─ Creo que mejor, voy solo. Lleguen ustedes en una hora. Este encuentro es demasiado íntimo. Los dos estaremos mejor solos. Martina querida, ven conmigo para que converses con la enfermera mientras yo entro a ver a mi padre. Y tú, Estelita, por qué no vs hasta 'Las Tamayo' y te traes a Elsa con el chiquitín y también a su madre si ella puede...

La enfermera salió y Tomás se acercó. Gonzalo levantó la vista y mirando a su hijo preguntó:

─ ¿Quién eres?, ─a lo cual el hijo respondió:

─ Soy uno que ha querido conocerte por dieciocho años seguidos...

─ ¡Sebastián!, mi hijo!..., ¿qué pasó en tu carita perfecta?, dijo el de la silla de ruedas extendiendo los brazos. ─Luego de abrazar a su padre, Tomás le dijo:

─ Un accidente de patinador frustrado hace mucho tiempo. Pero estoy completo. Soy ingeniero civil y tengo una familia. Y hoy soy muy feliz de conocer a mi padre. ¡Cómo me alegra verte vivo...!

─ ¿Y..., tu madre? ─preguntó con ansiedad Gonzalo.

─ Pues ella me dijo por teléfono, hace una hora, que tú eras mi padre. Ella deberá llegar en unas seis horas, porque viene de lejos...

─ Y ¿ cómo supiste que era de verdad tu madre? Si tanta gente engaña..., dijo el padre.

─ Pues porque ella y yo teníamos una clave.

─ ¿Cuál clave? ─dijo Gonzalo intrigado.

─ La de pedir al Padre Dios que nos ayudara a encontrarnos. Yo puse el aviso en el diario y ella contestó. Los datos perfectos: hace dieciocho años, en un lugar al Occidente, tú acababas de morir. Eso creyó ella por el silencio de la policía que le advirtió que nos debíamos separar y ella me besó y me dio la clave que yo puse ayer en el diario.

─ Pues Gracias a Dios, también de mi parte. A pesar de tantas insensateces mías, sigo teniendo una familia y todos estamos bien. ─ Gonzalo se interrumpió por el ruido de las voces en la puerta. Tomás se acercó, tranquilizó a la enfermera y los hizo pasar a todos...

Media hora después, todos con enfermera incluida, iban para el hostal familiar. Estelita avisó que el bus de Claudia había salido media hora antes y que estaría llegando en unas seis a seis y media horas después. Martina se acercó llorando a abrazar a su niño.

Luego todas las manos disponibles empezaron a organizar la comida. Gonzalo miraba el lugar y trataba de comprender qué significaba cada situación.

Tomás le iba explicando la historia, desde el día en el cual él desistió de hacerse cura y, muy maltrecho comenzó a buscar trabajo y vivienda... y cómo entró en el negocio de su suegra y de sus hijas... y cómo marchaban las cosas al presente. Él nunca supo que era uno de los sentenciados por el malvado que había muerto unos días antes. Su madre sí sabía pero ellos habían perdido totalmente el contacto.

— Yo temblaba pensando en el día que ese gran número de sicarios los encontraran a ustedes dos, juntos o por separado, y me horrorizaba... Ahora veo que he debido tener fe. Fe en el Padre Dios como tú le llamas y fe en mi adorable mujercita que siempre tuvo la razón. En este día me siento como si volviera a nacer — dijo Gonzalo y suspiró.

— Sabes tú qué ha hecho mi madre en todo este tiempo? —Preguntó Tomás.

— No, ni me imagino. ¿Qué ha hecho? — preguntó Gonzalo.

— Pues mi madre se metió a estudiar y logró graduarse como Auxiliar de Enfermería, y en eso ha trabajado, como enfermera a domicilio todos estos años, sin usar las cuentas bancarias y con un nombre inventado y medio respaldado con su diploma, que también obtuvo con un denuncio de pérdida de una cédula no existente con el nombre de María José Fernández, —contó el hijo sonriendo.

— Pues ella sí que es mucho más que yo, que me las daba de tanto porque corría rápido... —y Gonzalo sonriente se mesaba la barba pensando en esas escaramuzas de Claudia.... de pronto preguntó a su hijo:

─ ¿Cómo quieres llamarte en lo que te reste de vida? Sebastián o Tomás?

─ Pues Tomás es el nombre al cual estoy acostumbrado, pero podríamos poner el Sebastián como me recuerdan ustedes... Sí, Tomás Sebastián, no suena tan mal. Es un poco largo, pero resiste para papeles formales... dijo el joven ─pensó un poco y añadió :

─ Al fin, mi hijo se llama Tomás Mauricio, hace juego con el nombre del papá ─ ambos se rieron abiertamente.

─ Y el Aguirre de dónde salió?, ─preguntó de nuevo el padre.

─ Pues de que yo no tenía apellido. Mi madre no se lo dijo a Martina. Además podría ser peligroso. Entonces una mujer llamada Tulia Aguirre me declaró como hijo suyo sin padre conocido. Y así me quedé...

─ Y esa mujer, en dónde vive? ─pregunto el curioso padre.

─ No tengo ni idea. Nunca la vi. Supongo que alguien le pagó por ese favor.

Bueno por hoy quedemos en que te llamas Tomás Sebastián y tu hijo Tomás Mauricio... y esperemos a tu madre a ver ella qué piensa de este asunto.

En este punto, las señoras llamaron a almorzar. La enfermera se encargó de su protegido y los demás fueron sentándose a las mesas para comer con apetito. Al final, la enfermera dejó a Gonzalo para que descansara recostado en la cama del cuarto de soltero de su hijo, cuarto que tenían dedicado al jovencito Tomás Mauricio, y ella almorzó con Martina,

Estelita y la señora Alcira. Los demás que no estaban cansados, decidieron gastar el tiempo hablando de cosas varias o dando una vuelta por los alrededores.

Luego, cuando se acercaba la hora, todos fueron llegando a esperar. Tomás tomó un taxi para ir al terminal a esperar a su madre. Estaba feliz. Llevaba un cartelito que él mismo había preparado con:

El Padre Dios nos muestra el camino del encuentro.

Y se encontraron y se abrazaron con inmenso amor. La gente que los veía llorar y a la vez reír, optó por aplaudir. La felicidad verdadera es contagiosa.

Los enamorados no tan jóvenes

Gonzalo se había bañado y él mismo recortó un poco su barba que no era ningún modelo de elegancia. La enfermera le ayudó con las puntas del pelo y buscó la muda más nueva y especial que encontró en el ropero bastante escaso de quien se sentía condenado a muerte y había dejado de preocuparse por esas minucias.

Todos lo vieron llegar a la sala, muy emocionado. Martina se acercó con lágrimas a decirle:

─ Está usted muy guapo. La señora va a estar feliz. Cuando lo creímos muerto, ella, en el afán de separarse del niño para que los malos no los reconocieran, lloraba por usted y por Sebastián. La vi muy triste, y la recuerdo como si fuera hoy. "Cuídalo mucho, me dijo, es el gran don que su padre me

dejó"... y se fue llorando y corriendo, como para no arrepentirse.

─ Gracias Martina, gracias por todo. Yo sé que usted y su familia han suplido los deberes que me correspondían a mí. Esa deuda es inmensa. Pero quiero decirle que Sebastián los ha sentido siempre como su familia cercana en estos largos años de soledad. Tú hiciste una gran labor. ¡Sigue a nuestro lado como el ángel que eres!

Martina, limpiando sus lágrimas fue a ubicarse cerca de Estelita,

"Esas dos mujeres fueron realmente los ángeles que Dios envió a cuidar a nuestro niño", se dijo el hombre...

Y Gonzalo pensó que ciertamente la fe en Dios había demostrado ser más fuerte que todas las precauciones y los orgullos. Y pensó que estudiaría más sobre eso de creer en Dios, que nunca antes le había parecido algo útil...

Y llegó su Claudia con Sebastián. Y todos se emocionaron mucho al verla, tan serena, tan sonriente y tan emocionada, acercarse a los brazos abiertos de Gonzalo y corresponderle con mucha alegría.

.....

Epílogo

Así, la familia se reunió. Tardaron dieciocho años pero lo lograron. En una foto para el recuerdo, en el frente del hostal distinguido con el título "Las Tamayo", aparecen, del centro hacia afuera :

Tomás Mauricio, con su madre Elsa, y su padre Tomás Sebastián

Los abuelos Gonzalo, Claudia (María José) y Araceli

La tía Leidy, el tío Félix (metiche)

las tías abuelas Martina y Estelita, (auto-declaradas)

.....

Y por ahí siguen andando... **********

FIN DE

UNA FAMILIA MUY PARTICULAR

Montreal. Octubre 2024